

Fernando Vilches

LA DIVERTIDA AVENTURA  
DE LAS PALABRAS

*Del buen uso del español*

Prólogo de  
Carlos Herrera



**ARZALIA**  
*ediciones*

# Índice

PRÓLOGO. CARLOS HERRERA . . . . .	11
¿Por qué este libro? . . . . .	17
¿Es importante hablar bien? . . . . .	21
El diccionario . . . . .	25
Más vale pasar un minuto por ignorante que toda la vida por idiota.	33
Impropiedad. . . . .	37
La RAE, a veces, desbarra . . . . .	67
Recuperemos nuestras palabras . . . . .	73
Una cala en el español de América. . . . .	95
Diacronía del lenguaje ortopédico . . . . .	107
Neologismos. . . . .	121
Neologismos herrerianos (creados por Carlos Herrera) . . . . .	129
Poder y fuerza de las palabras . . . . .	131
Roces lingüísticos . . . . .	141
El lenguaje deportivo . . . . .	153
La pragmática popular . . . . .	165
Lo <i>fashion</i> , o la moda llega al lenguaje . . . . .	179
Lenguas de especialidad . . . . .	203
Las tildes . . . . .	235
Sugerencias del día . . . . .	241
Cartelería popular . . . . .	257
Fraseología variada . . . . .	265
EPÍLOGO. JUAN CARLOS APARICIO . . . . .	267
ULTÍLOGO . . . . .	269
AGRADECIMIENTOS . . . . .	273
GLOSARIO . . . . .	275
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	277

# Prólogo

Carlos Herrera

**L**as personas que nos dedicamos a la comunicación sabemos de la importancia de las palabras, de componerlas apropiadamente para confeccionar un discurso creíble en el que la coherencia, la cohesión y la adecuación son fundamentales a la hora de conectar con nuestros oyentes.

Llevo tantos años dedicado al noble oficio de contar sucesos, historias, noticias (a veces terribles y dolorosas) y buenas nuevas también (aunque, desafortunadamente, más escasas) que el lenguaje se ha convertido para mí en un compañero inseparable de mis días en antena, donde cuento con un extraordinario equipo humano, y de mis soledades, en esas madrugadas donde, camino de la radio, voy rumiando las palabras que voy a escoger para ilustrar a mis camastrones (*neologismo herreriano*, como lo llama el autor de esta aventura, y recogido en ella) con noticias, comentarios, chascarrillos, temas de actualidad —políticos, deportivos y económicos (no todo va a ser política)—; y sucesos sobre seres humanos, algunos, auténticas Personas, con mayúscula, y otros que, infelizmente, han llegado a personajes «públicos» (y lo entrecomillo a sabiendas) antes que a personas, personas humanas, como ha recogido alguna vez el autor de este ensayo en la sección que tiene los martes en mi programa.

El libro que tiene en sus manos, desconocido y respetado lector, es una mezcla de la pasión que siente Fernando Vilches por la hermosa lengua de Cervantes y de su dedicación a enseñarla a quien quiera acompañarlo en este empeño, tarea en la que lleva más de treinta y cinco años. Y en esa dilatada vida de docente, otro libro, *El menosprecio de la lengua* (el que da título a su sección en el programa), nos juntó en 1999 en el espacio que yo dirigía en Radio Nacional de España.

Tras un largo paréntesis en el que no volví a saber de él (Fernando se convirtió, según sus palabras, en un seguidor mío allá donde la vida profesional me ha llevado), un buen día de noviembre de 2017, en Producción habían leído una entrevista que le realizaron en *La Razón* y cuyo titular llamó la atención de nuestra sin par María Luisa, la jefa de ese departamento: «Si la RAE acepta *cocreta*, me hago italiano». Y le llamaron para *cocretar* una entrevista si le parecía oportuno.

Efectivamente, una mañana fría de ese mes que tan poco le gusta al profesor, apareció por la emisora de Madrid de Cope, con su libro bajo el brazo, trajeado y encorbatado como buen (y pelmazo, pensaron —seguro— cuando lo vieron llegar) profesor universitario para, en paráfrasis umbraliana, hablar —naturalmente— de su libro, ¡faltaría más!

La entrevista discurrió por derroteros poco académicos, nada solemnes ni, mucho menos, aburridos, hasta tal punto que, en hábil maniobra, me espetó que por qué no dedicaba unos minutos a la semana —o al mes— a hablar del buen uso de la lengua. Yo recogí el guante y le contesté si él podía llevar esa sección, y, «en tiempo real», expresión que odia el profesor, me contestó que sí, podía y quería, así que, queridos, desconocidos y respetados lectores, hasta hoy. Esta, en síntesis, es la justificación —si es que la necesita un prólogo— por la que me ha pedido Fernando Vilches que me ponga a la faena, compromiso que he aceptado gustoso.

El libro es una sugestiva mezcla de dos componentes: el lúdico, con ese buen humor del que hace gala en la sección de mi programa, en la que nos cuenta cuestiones de nuestra lengua

aliñadas con chistes (unos mejores y otros malísimos), y ese punto docente que acompaña al profesor Vilches desde hace, como él ha manifestado, más años de los que quiere acordarse. Es, por ello, un libro interesante y, a la vez, entretenido.

Quien lo conoce y ha leído algo de lo escrito por él (libros académicos sobre el siglo xv, estudios sobre el lenguaje en los medios de comunicación, sus opiniones sobre nuestro sistema educativo, artículos de actualidad sobre la lengua y otras quisicosas más mundanas en el diario *La Razón*) sabe que su objetivo siempre es acercarse a la máxima de los clásicos sobre enseñar a otros: *docere et delectare*, es decir, enseñar y entretener. Y creo sinceramente que en este libro lo ha conseguido (de otros suyos él mismo dice que son de difícil digestión y que los ha escrito por aquello de los méritos académicos que todo profesor universitario debe cumplir).

Y digo que lo ha conseguido porque nos incita a acompañarlo en esta aventura sobre la lengua, más concretamente, sobre su base, de un modo ágil, divertido e instructivo, a la vez que nos descubre la utilización impropia de muchas palabras, rescata otras de su infancia y juventud, por su sabor *terruñero* (palabra noventaiochesca), y bucea en la jerga adolescente y juvenil actual para compararla con la de los años ochenta y alrededores, en un capítulo con el sugerente título de «Diacronía del lenguaje ortopédico». En fin, nos lleva de la mano para conocer mejor nuestra hermosa lengua.

También, y fiel a su espíritu de docente vocacional, nos enseña a manejar un poco el diccionario de la lengua (*Diccionario de la Real Academia Española, DRAE*, en la sigla de los filólogos), nos advierte de lo muy importante que es utilizarlo cuando desconocemos el significado de cualquier palabra (él, en su habitual desparpajo, lo dice con una frase muy suya: «Más vale pasar un minuto por ignorante que toda la vida por idiota») y nos plantea una curiosa pregunta: «¿Sabes cuál es la última palabra del diccionario español?». No pone *fin*,